

Chismecito
Literario Vol. 1

MAGALI T. ORTEGA

@nenamounstro

hachette+

LA MAFIA DE LA LITERATURA Y *CIEN AÑOS DE SOLEDAD*

¿En quién piensan cuando les digo “la mafia”? Seguramente sus ojitos se enchuecan y van a buscar la imagen de Tony Soprano o de Fat Tony pero, *nanaiiii*, se van a atragantar cuando les diga que el *capo di tutti capi* en México, fue nada más y nada menos que Octavio Paz y en su pandilla de mafiosos de la cultura había nombres como el de Carlos Fuentes (con quien después se agarró de las greñas, pero ese es otro *Chismecito Literario*®), José Emilio Pacheco, el Monsi (con quien también se peleó pero ese es otro largo *chismecito*), la Poni, Emmanuel Carballo, Luis Buñuel, Lupe Marín, Elena Garro y Gabriel García Márquez, que habría de quedar muy agradecido con la ayuda que le dieron sus amiguitos. Y para allá vamos.



Antes de irnos más lejos, ¿qué hace una mafia?



Controla,
domina
y es
autoridad.

Y si alguien controlaba los premios que se daban, las becas que se otorgaban, los tlacoyos que se aventaban y hasta los puestos políticos que muchos consiguieron, fue ese circulito cerrado, payaso y *snob* tipo las *mean girls* que fueron ellos: los escritores más publicitados y publicados durante una época. Y que, si me preguntan,

aún hay bastantes cicatrices de esa herida que no han cerrado.

A esta bolita le encantaba irse a farolear a las calles de la Zona Rosa, que en ese entonces era una simulación del Greenwich Village de Nueva York o la Via Veneto de Roma. Se juntaban en El Carmel, café del papá de Margo Glantz, y podías ver sentados en las mesas a Márquez, Fuentes, Pacheco y Monsi. Y nombre, les digo, ese grupillo era el ajonjolí del momento, Paz montaba obras de teatro, las películas de Buñuel se exhibían en el cine de Reforma, José Luis Cuevas pintó un mural, etcétera, etcétera.

Resulta que antes había un periódico llamado *Novedades* que sacó el suplemento



“México en la cultura” (1949), dirigido por Fernando Benítez, uno de los periodistas más respetados del país y amigo de todos los expresidentes y del presidente en turno. Para el suplemento se trajo a todos estos amigos con el fin empujarlo y hacer más choncho el nombre de La Mafia. Como todo, ese grupito de amigos no era democrático ni dejaba entrar a cualquiera; de hecho, Salvador Elizondo presumía diciendo que qué bueno que la cultura era elitista porque la pelusa no cabía, obviameteeee, ellos eran los que decidían quién entraba o no.

Llenos de privilegios culturales, La Mafia tenía los reflectores y lo que brilla no está peleado con la ambición, es por eso que la vida cultural de México vivía de las generosísimas ayudas que el gobierno les ofrecía: puestos burocráticos en la cultura o de intelectuales para los escritores o artistas que no habían encontrado suficiente dinerito en lo que hacían profesionalmente. Fernando Benítez, con todo el dinero que le mandaban (les digo, los presidentes), pues decía: Tú te ganaste esta beca, a ti te doy pa’ tus chicles,

¡Uy, a ti te toca un bono de productividad!, ¡Ándale, tú te mereces un premio!, ¡Ah mira! Tú te puedes ir de viaje. Imagínense el dedazo que, hasta una vez, la Garro dijo: “Paz pidió que me dieran el Villaurrutia a mí”. ¡Pum! Y ojito: Toda la vida cultural mexicana vivía de las generosísimas ayudas que el gobierno les daba, o sea, el PRI.

En 1988, Carlos Salinas de Gortari le concedería a La Mafia la creación del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), para que por medio de esa institución ellos hicieran lo que quisieran con el presupuesto anual. Lo que viene siendo el bonito concepto del corporativismo.

Pero, como lo que nos trajo a este chisme es Gabo, volvamos a los sesenta en México cuando el extranjerito del grupo le empieza a dar duro a la tecla para desarrollar los personajes y la trama de *Cien años de soledad*. Pero la realidad es que andaba medio confundido el compadre, medio extraviado, medio ido... así que aprovechó que tenía a toda la élite cultural mexicana para decirles: Amigo, ¿estás ocupado? ¿Si me ayudas un momentito? ¡Y que los pone a leer, a investigar, a darle consejos, a revisar sus capítulos, hasta los hizo que trabajaran para él! La audacia, pues.





José Emilio Pacheco
investigó la alquimia y
las plantas medicinales.

O sea, no lo juzgo, yo hubiera hecho lo mismo. ¿Para qué son los amigos si no es para que te ayuden? Emmanuel Carballo, uno de los grandes críticos literarios de México, editor, periodista y promotor de la cultura, revisó los capítulos. Sábado tras sábado, por muchos meses, ahí tenían al Gabo recibiendo correcciones mientras se echaban un cafecito. De hecho, una de las copias originales de ese manuscrito está dedicada para Carballo.

Los “favores” no terminaron ahí. Un día, Paco Porrúa (el editor de Sudamericana) empezó a recibir cartas de Fuentes,

Vargas Llosa y hasta de Cortázar (Fuentes ya le había chismado que esta novela era el nuevo “Quijote latinoamericano”). ¡Nombre, poniéndole todas las flores y veladoras a esta novela! Porrúa decide de último momento aumentar el tiraje de 3,000 a 8,000 ejemplares. Mucho riesgo para un autor pobre, que no vendía tan bien pero que venía respaldado por su barrio, por sus compas, por sus cuates y valedores.

La editorial pensaba vender esos 8,000 ejemplares en un año y sorpresa, ¡se vendieron 25,000!

Todo impulsado por Fuentes, quien un año antes de que saliera a la venta la novela ya le había hecho una crítica muy positiva.

¿Complicidad, amiguismo, elitismo, favoritismo, menosprecio a los que no eran como ellos? Lo cierto es que este fenómeno cultural hizo temblar a América Latina y como decía Mario Benedetti: “Octavio Paz es su dios y Carlos Fuentes, su profeta”. ✨

PETIT Chisme

¿Sabías que a Gabriel García Márquez se le ocurrió la idea de **CIEN AÑOS DE SOLEDAD** un día que iba manejando hacia Acapulco?



HÁGASE EL BOOM LATINOAMERICANO, DIJO LA MUJER

El fenómeno literario llamado Boom latinoamericano no es producto de una hermandad literaria, fue un mero resultado de la cochina y banal publicidad cuyo concepto fue creado por una mujer que también creía en los astros y otras supersticiones. Y yo, por si las moscas, puse este texto en la página trece porque es mi número de la suerte, aunque Carmen Balcells creyera en el siete y sus derivados.

La *Batichica* de las letras, la Súper Agente 300 y el terror de las editoriales se llamó Carmen Balcells, fue y seguirá siendo una de las agentes literarias más reconocidas y respetadas porque hizo, con las modificaciones a los contratos que manejaban las editoriales, que sus autores sí pudieran vivir de escribir. Antes de que ella llegara a incendiar el mundo y meter su cuchara, las editoriales estaban acostumbradas a dar un pago único y absoluto a cualquier autor por sus obras de por vida. Entonces, si escribías un *best seller* nada más te pagaban una vez, mientras ellos se inflaban los bolsillos con tu talento y las ventas de tus libros, de manera vitalicia. Pero eso se terminó una vez que llegó ella.

Fundó su agencia literaria y empezó a poner orden y dar chanclos por aquí y por allá.

¿Qué logró Carmen? En primera, pidió que las editoriales pagaran un adelanto a la contratación de la obra y que luego reportaran regalías por plazos semestrales o anuales, durante todo el tiempo que estuviera autorizada la explotación de la obra, nada de que una sola vez y ya. Conquistó para los escritores que si las obras eran traducidas a otros idiomas o se publicaban en otros países, los autores

también tuvieran derecho a cobrar regalías por cada libro vendido. El gol que todos los autores festejaron fue cuando logró eliminar la cesión de derechos vitalicios de una obra.

Ahora, estaría limitada a una cantidad de años, con



derecho a renovarse si es que así le convenía al autor. A partir de ahí, se creó la “cláusula Ballcells”. ¡Ay, mi Carmen! Gracias hasta donde estés, porque sin ti, yo no recibiría el equivalente a una *Maruchan* por cada libro que venda –del que ahora ustedes tienen en sus manitas preciosas–.

Bueno, y así es como Carmen echó fama y engordó su lista de clientes al convertirse en la agente más *cool* y *chic* de los sesenta y todos, t-o-d-o-s, querían trabajar con ella. Firmó con Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Nérida Piñón, Carlos Fuentes, Pablo Neruda, Isabel Allende, Roberto Bolaño, Juan Carlos Onetti, José Donoso, Alfredo Bryce Echenique y muchísimos más. Dicen las fuentes que tenía más de 300 autores, que gestionó la firma de más de 50,000 contratos y tuvo seis premios Nobel.

Una de las relaciones más de amiguis que tuvo fue con García Márquez. Gabo se inspiró en ella para el personaje de Mamá Grande en su libro *Los funerales de mamá grande*. En *Del amor y otros demonios*, Gabriel le haría esta dedicatoria:

“Para Carmen
Balcells
bañada en
lágrimas”.



¿Por qué esta dedicatoria? Porque Carmen lloraba mucho cada que recibía un manuscrito de Gabriel.

Otro de sus grandes amigos y clientes fue Mario Vargas Llosa, al cual fue a buscar para decirle que agarrara sus chivas y sus calzones, porque se iban a Barcelona. Mario estaba dando clases y para él esa era una forma segura de mantener a su familia, pero se fue con Carmen cuando le aseguró que le iba a dar dinero y material para que no se preocupara por nada y sólo se dedicara a escribir.

Así que Balcells no sólo era agente, era una proveedora, apapachadora, cuidadora y como decía García Márquez... una “mamá grande”. Si les faltaba dinero, Carmen se los daba; si les faltaba papel, se los conseguía; si les faltaba un sacapuntas, se los compraba; si no tenían para pagar la luz, Carmen la pagaba. Ella se encargó de que ninguno de sus escritores tuviera un pretexto para dejar de escribir. Su única condición era: Tienen que escribir las mejores novelas de sus vidas.

En una de las poquísimas entrevistas que dio le preguntaron por el Boom y ella contestó: “El invento de la palabra no fue para constituir una fraternidad de amigos, para relacionarse afablemente e irse de excursión al campo con las familias. No, no... Aquello era un *lobby*, algo que tiene que ver con el poder literario. Con vender, ¿comprende? Vender”. Y, tantas décadas después, aún funciona el invento. Venden millones de ejemplares. En pocas palabras: una estrategia de *marketing* que logró ser un éxito porque también juntó a las mejores plumas y talento de ese momento. La tormenta perfecta porque, hasta hoy, ese fenómeno no se ha vuelto a repetir.

Pero Carmen, aparte de ser bien vivilla y listilla pa'l negocio y la lana, también creía en las energías del universo y era supersticiosa –igual que García Márquez–. Y ella sabía que no estaba de más tener a una astróloga de cabecera a la cual metió a su nómina.

Ella era Lisa Morpurgo y cada lunes le mandaba por fax sus predicciones para la semana. Que si Venus y Júpiter andaban en conjunción y era un gran momento para lanzar un libro; que si Marte iba a andar retrógrado, mejor no firmaba el contrato, y así se iba Carmen, siguiendo a la Luna llena y a los astros.

Mandó a hacer las cartas astrales de sus autores, no recibía manuscritos ciertos días, sólo firmaba contratos los días 7 o sus derivados, como los días 17 o 27, creía en el poder del color amarillo igual que García Márquez. Como un amuleto que atraía la buena suerte y la fortuna.



Y yo, a manera de homenaje y buena suerte, y por si las moscas, pedí que este texto empezara en la página 13 y que viniera ilustrado con flores amarillas, porque uno nunca sabe.

Y sí, Carmen sabía que los astros influyen pero ella, con o sin amuletos, consiguió todo. Fue una mujer muy lista para los negocios, cambió las reglas editoriales, mejoró las condiciones de los autores y creó la mejor estrategia de marketing para que todos ganaran dinero. Yo sólo me quedo con una duda, ¿será que sin Carmen todos estos autores no hubieran alcanzado el estrellato? Ahí se las dejo de tarea. ✨

PETIT Chisme

Cuando Vargas Llosa se estaba separando de su segunda esposa, Patricia Llosa, Carmen le dijo que de ahí en adelante él tenía la obligación moral de mandarle 60 por ciento de todos sus cheques.



LA PAZ QUE NUNCA CONOCIÓ GARRO

“Ya estoy ¡harta! de que me digan realismo mágico.

Porque ha habido tanto realismo mágico en estos años, y es tan horrendo... Y nomás por no escribir entre esa banda de pendejos yo ya no quiero volver a escribir jamás nada mágico. Han echado a perder toda la posibilidad de novela en América Latina con tanto realismo y tanta magia. Por eso escribí *Y Matarazo no llamó...*, que es realista”.

Elena Garro en *La ingobernable*.

Encuentros y desencuentros con Elena Garro, de Luis Enrique Ramírez

Hablemos de un ícono, de un mito, de una mujer fuera de serie con un talento excepcional a la que Borges llamó: “la Tolstoi mexicana”, cuya vida fue un mismísimo thriller y que tuvo uno de los peores finales. Brillante, seductora, caótica y siempre viviendo al borde del abismo, la escritora de culto, “la escritora maldita” como le llamó Emilio Carballido: Elena Garro. La mamá del realismo mágico, la precursora de la corriente literaria llamada ficción paranoica y una adelantada a su tiempo con su novela *Inés*, la cual es la antesala de la narco-literatura. ¡Todo eso fue! Pero nomás nos acordamos de ella porque fue la ex de Octavio Paz.

Elena no nació con pelos en la lengua, no dejó títere con cabeza y así como creaba arcoíris, desataba tormentas. Fue escritora, periodista, dramaturga y una máxima defensora de los derechos de los indígenas, la acusaron de ser espía de la CIA, fue chivo expiatorio del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz y le declaró la guerra a todos los *señores* intelectuales de su época, incluyendo a su marido. Las grandes preguntas y misterios son: ¿Qué le pasó? ¿Por qué intentó suicidarse dos veces? ¿Por qué terminó viviendo en un hospicio en España? ¿Por qué de tenerlo casi todo, murió teniendo nada? ¿Por qué nadie le ayudó y le dieron la espalda?

Digo, imagínense la época *machirula* en un México entre las décadas de 1930 y 1960 donde las mujeres sólo eran acompañantes, nunca protagonistas; en donde la mayoría sólo cocinaba y cuidaba hijos. En ese México, Elena tuvo la suerte de ser lo que quiso, pero pagó las consecuencias. La prensa, la sociedad y su círculo intelectualoide nunca le perdonaron que fuera una mujer que se supiera defender, expresarse y exigir. Elena, la imperdonable.

Su pasión era llevar al límite las cosas, tener pura relación tóxica, desde su marido hasta su hija y a veces también crearse y exagerar historias en la cabeza, no siempre

injustificadas. En esos años, a las mujeres nos volvíán locas, nos querían lejos, nos *gaslighteaban*. El talón de Aquiles de Elena fue que durante toda su vida se sintió no querida, no reconocida, excluida, pero eso sí... bien vestida... ¡ah!, porque le encantaba vestirse de Chanel, Dior, y oler a Hermès, le gustaba la cosa de marca, la cosa cara y fue la peor administradora.



El dinero le quemaba las manos y por eso pasó los últimos 20 años de su vida viviendo casi en la indigencia. Pero Elena, en 1968, tuvo un antes y un después.

Su vida en el círculo intelectual, la escritura, las relaciones diplomáticas empieza a cien kilómetros por hora y sin cinturón de seguridad. La ventaja de casarse con Octavio Paz fue que le abrió más rápido las puertas; la desventaja: igual de rápido se las cerró.

Siendo sincera, me choca ver que sólo la ponen como víctima, cuando fue todo, menos eso. ¡Híjole, manos! Sí se me enchueca la boca del coraje que sólo se hable de ella como la ex de Paz, cuando Elena publicó, ganó premios y fue reconocida.

Si buscan en el diccionario “definición de pareja tóxica” definitivamente encontrarán las fotos de Elena Garro y Octavio Paz. Se casaron por la afinidad que tenían por las letras, los libros y la política... ¿el amor?

Pues sí había, pero nunca les alcanzó. Estaban casados pero cada quién tenía sus canitas al aire. Ella tuvo muchos amigovios y él, las suyas. Aun así, duraron 22 años de casados y tuvieron una hija.

En 1937, Paz apura el matrimonio con Elena para irse juntos a España (ella dice que él la obligó, pongamos en reserva esta declaración) a él lo habían invitado a ser parte de una comitiva de artistas mexicanos que fueron al Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura en Valencia, España. ¿Quiénes más iban en ese barco? José Mancisor, Carlos Pellicer, Juan de la Cabada, María Luisa Vera, José Chávez Morado, Silvestre Revueltas y Fernando Gamboa; Susana Steel y Elena Garro como esposas acompañantes. Ahí, ella tuvo los primeros enfrentamientos con los amigos de su marido. Cada vez que ella quería opinar la *fuchileaban*, la ninguneaban, la tiraban de a loca porque ella sólo iba de “esposa acompañante”. En su libro *Memorias de España 1937* cuenta cómo Pablo Neruda, Rafael Alberti, Silvestre Revueltas la ridiculizaban, infantilizaban y desautorizaban. Le llamaban: mijita, Elenita, compañerita, mocosa pendeja o rubita.





En 1939, nació Helena Paz Garro, a quien Paz le llamaría “abeja colérica”, con ella también tuvo una relación igual de tóxica que con la mamá. La pobre Helena, con H para diferenciarse de su mamá, nació en un fuego cruzado que como balines de gotcha la manchó. Elena “intentó suicidarla” junto con ella cuando vivieron en París, ¡bendito cristo de Tepito! Helenita Paz Garro sólo conoció la toxicidad por parte de los dos. Pero ese es otro *Chismecito Literario*®.

De 1944 a 1949, la vida de los Garro Paz –es mi chisme y yo quiero invertir los apellidos– siguió moviéndose geográficamente y fue cuando comenzaron las pintadas de cuerno. Elena conoció a Adolfo Bioy Casares. ¡Y, mijos, cuando vio a Bioy, se le destornillaron las articulaciones y las manos, se le movió todo el piso! Bioy fue un sismo de 9.1 en la escala de Garro. Renació de las cenizas y tuvo un motivo más para vivir. Empezaron a tener una relación más bien epistolar, más bien como platónica pero intensa, así como era Elena. Bioy estuvo a nadita de divorciarse de Silvina Ocampo –otro amor tóxico–. Y aquí es cuando la verdadera guerra entre ellos desata mareas y tormentas.

¡Elena quedó embarazada de Bioy!, ¡diosita santa! Cuando Paz se enteró, montó en pantera, y si me preguntan, no era tanto porque quisiera a Elena, sino que le dio en el mero punto sensible del típico macho:

el orgullo. Imagínense a Paz haciendo surcos en el piso gritando: ¡La sociedad! ¡Mis amigos! ¡Se van a enterar que me pintaste el cuerno! ¡Voy a ser la burla de todos! ¡Yo, el *capo di tutti*, burlado por su esposa! Te me desembarazas ahorita, o te quito a Helenita y nunca la volverás a ver. Elena, aborta, y Paz, muy campante, siguió con su relación extramarital con Bona Tibertelli, la cual duró más de 10 años. ¡10 años!

Tras la relación con Bioy, Elena empezó a brillar con luz propia, por fin ese tren descarrilado agarraba vía. En 1953, empezó a escribir *Los recuerdos del porvenir* para luego guardarla abajo del colchón y dejarla ahí muchos años. Y cállense la boca, que un día, pos Elena se despertó de malas, bien harta y bien frustrada de que todo lo que escribía nada le redituaba y que se va por el manuscrito, lo acerca a la estufa y ¡ZAZ, ZAZ, ZAZ!, ¡santo cristo remendado! ¡El manuscrito! ¡El manuscrito! Por suerte la hija la vio y se lo quitó de las manos.

Sin embargo, a sus obras de teatro otro gallo les cantaba. *Andarse por las ramas*, *Los pilares de Doña Blanca* y *Un hogar sólido*, todas se montaron con éxito y ese mismo año ganó el premio a Mejor Obra de Teatro, otorgado por la Agrupación de Críticos del Teatro. ¡Uf! ¡Elena #CompermisoYa! Llegué Garro empezó a desbordarse como espuma en vaso de cerveza!

Pero, ardilla que era su marido, “curiosamente”, en 1959, Paz le pide a Bona que vivan juntos. Y por mis propias conjeturas creo que corrió a Ciudad Juárez a tramitar

el divorcio exprés con Elena. ¡Y no le avisó! Pero, lero, lero su noviazgo con Bona terminó pronto porque ella se enamoró de Francisco Toledo (sí, sí, el artista oaxaqueño) y dejó a Paz colgado como trapo mojado al sol, a que se sacara solito. Mientras Paz tristeaba –dicen que sí se puso bien triste–, Elena lo único que sabía hacer era publicar, ganar premios, tener entrevistas, por fin entraba por la puerta grande al círculo rancio y elitista de las letras mexicanas.

En 1963, Paz consiguió que la editorial Joaquín Mortiz publicara *Los recuerdos del porvenir*. Nada más recordemos que andaba con la conciencia remordiéndole por todo lo que le había hecho a Elena, nada de que



por pura buena gente. Y fue el primerito en echarle flores a su exmujer cuando salió a la venta. “Esta es una de las creaciones más perfectas de la literatura hispanoamericana contemporánea”, dijo. El mismo año, la novela ganó el Premio Xavier Villaurrutia, que de boca de Elena se sabe, Paz pidió que se lo dieran a ella.

De 1963 a 1968 fueron los años más brillantes para Elena. No había quien la parara y los que la habían ninguneado llamándola “mijita, Elenita” ahora la aplaudían. Se incluyeron textos de ella en *Antología de la literatura fantástica*, libro curado por Borges, Casares y Victoria Ocampo; Arturo Ripstein y Archibaldo Burns le adaptaron sus obras al cine y todo era maravilloso y perfecto hasta que llegó uno de los peores días que ha tenido la historia de México: 2 de octubre de 1968. La matanza de los estudiantes.

Y aquí ustedes se preguntarán ¿qué tenía que ver Elena con esto? Pues todo y nada. Pero sí fue la entrada al infierno para ella y su hija. A partir de aquí, su vida se convirtió en una novela policíaca al estilo de Agatha Christie. Elena también era activista política, estaba metida en mucho desmadre del gobierno, era muy amiga de Carlos Madrazo (que en ese entonces era dirigente del PRI y archienemigo de Gustavo Díaz Ordaz) y conocía a Sócrates Campus Lemus, uno de los cabecillas estudiantiles, el más radical y el más incendiario. Todos los documentos, los biógrafos y los historiadores coinciden en que Elena sólo fue la carne para los leones, el chivo expiatorio perfecto. Y a partir de ese 2 de octubre su vida nunca volvió a conocer la tranquilidad. Fue acusada y señalada de haber sido una de las líderes del movimiento.

Y un día su carita preciosa apareció en primera plana con el título:

“El complot comunista para derrocar al gobierno por medio de la violencia y la agitación...”.

¡PRIMERA PLANA!



Elena, aterrada de lo que acaba de leer, primero se echó una lloradita y después se amarró los calzones que se le cayeron y respondió. Se fue contra Javier Barros Sierra y declaró: “Yo no fui. No firmé los desplegados ni estuve en las marchas. Que respondan los intelectuales porque ellos azuzaron a los jóvenes”. En otra declaración titulada “El complot de los cobardes”, Elena responsabilizó a los intelectuales de haber estado detrás del 68.

La prensa hizo un cochinerito porque todo lo tergiversaron, Elena sólo dijo: “Pues ahí están todos los que firmaban, en los manifiestos de los periódicos, fue todo lo que les contesté; al día siguiente vi que ellos apuntaron los nombres como si yo los hubiera mencionado”. ¿Y qué creen?, que esos nombres apuntaban a Carlos Monsiváis, Rosario Castellanos, Carlos Fuentes y Leonora Carrington. Y a partir de ahí, Elena fue conocida como la mitómana, delatora, soplona y “la cantante del año”.

Helena Paz echándole más leña al fuego y tratando de defender a su mamá, mandó una carta abierta a su papá echándole la culpa.

Las cosas se estaban poniendo tan calientes que la vida de las Elenas estuvo amenazada. Ahí empezó la paranoia que nunca las abandonaría, les quitaron todo, las dejaron en cueros. Adiós premios, adiós cheques, adiós trabajo, adiós reconocimientos, adiós dinero. Hola pobreza, hola enfermedades, hola olvido, hola destierro ya nadie nos quiere. Veinte años vivieron en condiciones de extrema pobreza, vivieron en hospicios y pedían dinero prestado, Helena con cáncer, ambas sin casa, sin comida, pero siempre bien vestidas y tirándose el tarot para saber si su futuro tenía esperanza. Las cartas de Elena a Paz pidiendo ayuda a veces estaban llenas de ternura, pero a veces llenas de veneno. Algunos cuentan que Paz siempre las ayudó, otros dicen que no tanto. Paz también las quería abandonar, así como se abandona a un perrito amarrado a un árbol.

Helena y Elena regresaron a México en 1993 una vez que las perdonaron; el gobierno les daba una pensión muy poquitera que apenas les alcanzaba para sobrevivir a ellas y a sus gatos. Garro pudo firmar algunos contratos para publicar sus obras, y no faltó que periodistas, editores, familiares se siguieran aprovechando de ellas. Y es una pena que su tumba esté olvidada, con una lápida rota y sin una flor.



A Paz siempre lo protegieron sus amigos, se sabía intocable y por eso esquivó todas las balas que iban dirigidas a él. Lo taparon, lo ayudaron, lo protegieron. A Elena le explotaron todas las bombas en las manos. Ahora que está de moda, busquen sus obras, léanla y descubran por qué Elena Poniatowska dice que Elena Garro era un *género literario*. Abramos nuestra chacra del criterio y veamos a Garro como lo que fue: una mujer llena de matices, una mujer terca, peleonera, crítica, brillante y que sin su obra no se entendería la literatura mexicana del siglo XX. ✨

PETIT Chisme

¿Sabían que el libro **MEMORIAS DE ESPAÑA 1937** no pudo ser publicado en 1987 porque el señor Paz amenazó, sí, amenazó a la editorial con demandarlos? Fue en 1992 que Siglo XXI Editores, lo reeditó, le cambió algunas cosas y remendó textos (muy probablemente para no desatar la furia de Don Octaviano, creo yo).



UNA CUCARACHA AMBICIOSA

“No estamos de acuerdo siempre y en todo, pero siempre hemos estado de acuerdo en estar en desacuerdo.

Sin embargo, como escritores y como mexicanos, es mucho más lo que nos une que lo que puede separarnos”.

Carlos Fuentes cuando le preguntaron por Octavio Paz, en 1984

Eso de “cucaracha ambiciosa” me parece un insulto muy digno del *dandy* de la literatura mexicana, del galán de las letras, del niño bien que le dio glamour al oficio de escritor, o sea, Carlos Fuentes. Y así con esa elegancia y caché, un día él y Paz *se cantaron las cuarenta* y se dieron hasta para llevar. Y eso que eran como el Capitán América y el Falcon de las letras mexicanas o como diría Mario Benedetti: Paz era su dios y Fuentes, su profeta. ¡Ay, güey!

Pero, la verdadera pregunta es: ¿por qué se pelearon y quién le dijo “cucaracha ambiciosa” a quién? Vamos a ver.

Han de saber que ellos eran tan amigos, tan compas, tan *brothers* como Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez, como Jean-Paul Sartre y Albert Camus o como Kaney West y Jay Z, y, al final, sin *spoiler*, todos ellos terminaron aventándose la chancía. El ego, los delirios de grandeza, la mala leche, la envidia, la traición y los sentimientos corroídos son parte de la naturaleza humana. ¿A poco nunca han sentido esto?

Cuando se conocen en París, Paz ya había publicado *El laberinto de la soledad* (1950) y un chamaquillo como Fuentes (se llevaban 14 años) lleno de colágeno, sueños y

esperanzas de convertirse en escritor le dijo que su obra lo había dejado “poseído”. Esa amistad empezó a crecer cuando Fuentes y Paz compartieron pasillos de oficina en la Secretaría de Relaciones Exteriores, uno de jefe de Asuntos Culturales y otro como director de Organismos Internacionales. Cada que se encontraban llenando sus tazas de café o se iban a juntos a comer a la fonda de la esquina, Carlos aprovechaba para platicar sobre la novela que escribía, *La región más transparente*, que fue la manzana de la discordia y ahorita les cuento el porqué.

En verdad, Fuentes admiraba a Paz. Lo consideraba su mentor, su corrector y su consejero. Paz aceptó ser su *jedi* y Fuentes su *padawan*. Lo metió al círculo cerrado y elitista de La Mafia, lo presentó



con todos los altos nombres de las letras en México y estos lo aceptaron como uno más de ellos.

Cuando la noche se ponía guapa y querían estirla, terminaban en lugares muy acá o en lugares muy arrabaleros bailando con ficheras. Pero, si había un lugar al que les gustaba ir era a la Casa de la Bandida, la casa de citas más *nice*, famosa y exclusiva que tenía a las muchachonas más guapas y caras. Abrías la puerta y nombre... harta sorpresa que te dabas al encontrarte a Pablo Neruda, José Vasconcelos, Pedro Infante, Diego Rivera y mucha gente de la alta política, ¡hasta a Fidel Castro se toparon por ahí! Así que, como verán, no era cualquier casa, era LA CASA. A donde, no piensen mal, a veces sólo iban a tranquilizarse los nervios



y a tomar inspiración para sus personajes, acuérdense que Fuentes andaba escribiendo su novela. Lo farol no se quita ni con el alcohol, amigos.

Ahora, si les cuento esto y no es para juzgarlos, es para entender el contexto de

lo estrecha y confianzuda que era su amistad y por qué pasó todo lo que pasó. Lo cierto es que Paz era cinturón negro en encontronazos con mucho alto perfil sobre todo porque nunca dejó de decir lo que pensaba ni a la crítica, ni al gobierno, ni a sus amigos. Paz recibía mucho halago de parte de la derecha y la izquierda lo llamaba anticomunista.



Por ese entonces, los escritores estaban muy involucrados en la política de Latinoamérica y la mayor parte de las broncas entre ellos se daba por esas diferencias políticas. Paz, por estas diferencias de opinión se peleó con Pablo Neruda, Roberto Bolaño y hasta con su gran amiga Elena Poniatowska y, con todos ellos, recuperó eventualmente la amistad. Imágínense que la posición política de Fuentes lo llevó a ser vigilado por el FBI, cada que viajaba lo metían al cuartito para interrogarlo, lo consideraban “extranjero no grato”.

¿Listos para ponerle más sal a la herida? Era 1958 y Fuentes por fin publica *La región más transparente*. Este libro causó harta ampolla y pisó muchos callos porque era una crítica social a todas esas personas que se habían hecho riquillas gracias a la Revolución, digamos que se reía un poco de los burgueses a los que él también pertenecía. Mucho sarcasmo, mucha ironía y nadie se esperaba la bomba ya que uno de los personajes principales (Manuel Zamacona) estaba inspirado en Octavio Paz. Y ¡puuuuum! Que empieza a arder Troya. Para muchos este personaje no tenía nada



de malo; al contrario, era un homenaje a su amistad, pero, para otros, era pura mala leche, cizaña y envidia.

Y empezaron las críticas y los bandos: Alfonso Reyes le dijo a Fuentes que había querido hacer un libro turbio y feo, Elena Garro le dijo que había escrito “una simulación de novela”, Julio Cortázar en una carta le dijo: *La región más transparente* vislumbraba una idea de México “terrible, negra, espesa y perfumada. El miedo anda ahí rondando, el miedo de algunos relatos de Octavio Paz, que algunos recuerdos suyos me habían permitido ya entrever”.



Una tras otra le llovían las críticas a Fuentes y la más fuerte es la que llegó del *New York Times* donde no pararon de repetir que todo se lo debía a Octavio Paz que hasta había partes muy similares a *El laberinto de la soledad*. Y ahora sí, Carlos se enchiló y declaró que sí reconocía a Paz como novelista, pero que se deslindaba de toda su influencia.

Octavio se mantuvo en la rayita de dar declaraciones públicas, pero en las cartas que le mandó a Cintio Vitier y a José Bianco había mucha contradicción. Por ejemplo, a Vitier le escribió: “Dio usted en el clavo en su juicio sobre la novela de

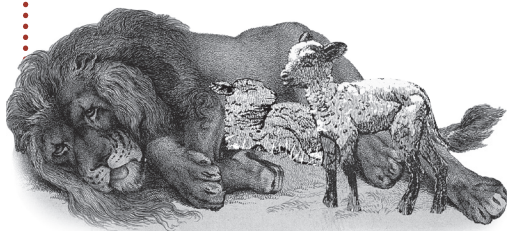
Fuentes. Y es verdad que ese muchacho tiene un gran talento. Aquí corto”.

Y la carta a José Bianco decía:

“Haces mal en despreciar a Carlos Fuentes, Su libro es un *bestseller* (va en la tercera edición) y parece que lo publicarán en Nueva York. Ahora escribe su segunda novela. Frente a esto ¿qué importan la confusión, los ecos, las repeticiones, los párrafos más recordados que escritos, más leídos que pensados y todo lo demás que se podría decir? A mí también me asombró su libro: le tenía estimación, lo quería, creía en él. ¿Cómo era posible que hubiera escrito eso? Pero eso –y esa fue mi segunda sorpresa– tuvo un gran éxito. Mis sentimientos frente a Fuentes son ambiguos –fue amigo mío, muy amigo; después de la novela, dejé de verlo; ahora nos hemos vuelto a ver–. No puedo evitar quererlo; no puedo evitar que me irrite... y me defraude”.

¡Toma chango! Y si creías que esto fue todo, acomódate que este *chiquidrama* no termina aquí.

Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo habían fundado *La revista mexicana de literatura* que era polémica, pero no amarillista, donde siempre le dieron entrada a los nuevos escritores y Emmanuel en ese entonces,



era el crítico literario más *top de tops*, el más *crack* de su época y por supuesto que se puso de lado de Fuentes con una crítica en el suplemento de “México en la cultura” donde se le fue a la yugular a Paz diciendo que: 1) su prosa era bastante imprecisa, caótica. 2) Si criticaban a Fuentes por haber “plagiado” cosas de *El laberinto de la soledad*, que él les tenía una *flash new*: porque Octavio también era un plagiador ya que en ese libro había muchas cosas de Samuel Ramos y Rubén Salazar Mallén a los que Paz nunca les dio crédito.



¡Les dije
que esto se
ponía mejor!

¿Ustedes creen que Paz se iba a quedar callado? Respondió diciendo: “De paso no estoy contra el plagio cuando la víctima desaparece. Ya se sabe, el león se alimenta de corderos. Un libro que todo el mundo conoce de Samuel Ramos y unos artículos que ya nadie recuerda de Salazar Mallén, son mis fuentes secretas”. Paz relegó a Rubén Salazar como muñeca fea y lo dejó en un rincón igual que le hizo la ley del hielo a Fuentes.

Y aquí viene la patada traicionera.

La puñalada por la espalda.

¡PAZ!

¡RÁTALE!

¡PAZ!

¡TRAZ!



Un día a Fuentes le llegó un texto destrozando la obra de Paz pero dijo que él no iba a publicar eso en su revista, que para él primero estaban los amigos y no le iba a dar una puñalada traperera a su carnal. Lo que no se esperaba era que Paz sí se lo *chapulineara*. Como que eso de los actos de lealtad no eran parejos de ambos lados.

Una cálida y tranquila mañana (¡ay, ajá!) de 1988, llegó a la revista *Vuelta*, donde Paz era director, el jovencito Enrique Krauze con una colaboración titulada “La comedia mexicana” de Carlos Fuentes, donde palabras más, palabras menos decía: que sí había leído a Fuentes, que sus obras pasadas le habían gustado, pero con *La región más transparente* no entendía “sus tramas verbales, la impresión de sus juicios ni la facilidad de su indignación y que su incomodidad con Fuentes ya también era moral”. ¿Y qué creen? ¡Que Paz nunca detuvo este texto! Lo aprobó, lo autorizó y lo publicó a razón de que Krauze le dijo: Si no lo publicas, renuncio.

Krauze no tenía en buena estima a Fuentes y ese texto fue la cubetada de agua helada que destrozó y paralizó a Carlos. La gota que terminó por darle en la madre a su amistad con don Octaviano.

A propósito de que Paz ganó el Nobel de Literatura en 1990, un chismoso le puso sal a la herida preguntándole a Fuentes sobre su distanciamiento con Paz, a lo que le contestó:

“Nuestras relaciones ahora son malas, aunque yo le he mandado felicitar por el Nobel. Tuvimos una larga amistad, pero a veces se cruzan cucarachas en el camino de la amistad. Cucarachas ambiciosas”.

A lo largo de los años por cuestiones de trabajo, se siguieron escribiendo muchas cartas de trabajo, pero ya se firmaban con “Atentamente”, “Saludos cordiales” y nunca más volvieron a firmar “Con cariño”, “Con admiración”. Entre Paz y Fuentes hubo más de mil cartas que son testigas de esa amistad. Fuentes selló esas cajas y le pidió a la Universidad de Princeton que no las abrieran hasta muchas décadas después

de su muerte, ya que ahí Paz hablaba mal de mucha gente y no había necesidad de que se enteraran, que mejor se esperaran hasta que todos estuvieran con San Pedro. ✦



PETIT Chisme

Octavio Paz vivió con un maniquí que compró junto con José Alvarado Santos (escritor) en la calle de Tacuba al que le llamaba La rígida, que después le sirvió de inspiración a Fuentes para escribir un cuento llamado “La Desdichada”.





ORLANDO

VIRGINIA WOOLF

UNA HABITACIÓN PROPIA Virginia Woolf

LA METAMORFOSIS

Franz Kafka